

—¡Una cabeza de cuarenta mil ducados!—añadió Marino Marchese.

Los demás dijeron:

—A donde vayáis, iremos, maestro

Athol extendió su mano abierta.

Cada una de las otras seis manos se apicaron á la suya, de manera que los anillos de hierro produjeron un sonido al tocarse. Era el juramento del Silencio.

Luego Athol dijo:

—Estamos á 15 de Octubre. Os doy cita para reunirnos de hoy en ocho días en Nápoles, en el teatro de San Carlos á las nueve y media de la noche.

—El teatro es grande... ¿en qué lugar os encontraremos?—preguntó David Heimer.

—Buscad—replicó Athol embozándose en su capa para salir—el palco de S. A. R. el príncipe Francisco... y mirad bien al hombre que veréis sentado á la derecha del heredero de la corona...

FIN DEL PRÓLOGO



PRIMERA PARTE

BALDEMONIO Ó EL BANDIDO DE LOS ABRUZOS

I

Peter Paulos Brown (de Cheapsid)

En 1823 se hacía aún en buques de vela el servicio entre Marsella y Nápoles.

El *Pausilippe*, hermoso brick levantino cuya tripulación hablaba el idioma sonoro que alegra las playas de la Cannebière, dobló á todas velas el muelle en una mañana calurosa de Junio, costó la punta de la Salud y entró en el puerto de Nápoles.

Hacía más de dos horas que había sobre el puente un hombre que estorbaba en gran manera la maniobra, ocupado en contemplar á Nápoles con un catalejo de doce cristales, sistema Dawson de Lincoln Inn's-Field, proveedor privilegiado de S. M. la Reina, y del Príncipe Alberto.

El hombre del catalejo era de elevada estatura: llevaba el estuche debajo del brazo, y cada vez que algún marinero se enredaba en este estuche voluminoso, nuestro hombre decía con escrupu-

losa política y con un acento del otro lado de la Mancha solemnemente cómico:

—Mi perdonar... fomalmente.

Los marineros reían, y á la par le maldecían.

Nuestro hombre era inglés, no lo podía negar, con tanto mayor motivo, cuanto había nacido en lo que ellos llaman Cheapside, en el centro de la Cité de Londres, entre Fleet-Street y Poultry.

Los gentleman del comercio que nacen en esas famosas latitudes son tres veces más ingleses que el resto de los súbditos de S. M. Británica.

Hallábase, pues, á bordo del *Pausilippe*, Peter-Paulos Brown, socio de la casa Marioram, Watergruel, Brown y compañía, por los algodones de la sociedad.

Estaba también allí mistress Penélope Brown, quinta hija de Lisandro Marjoram y de Jocasta Watergel; pero completamente mareada en su camarote.

Jack, criado de Peter-Paulos, estaba de pie no lejos de su señor, llevando una parte de los utensilios de que tenía necesidad el gentleman para el viaje.

Melicerta, Mely, ó simplemente Mel, camarera de Penélope, cortaba en cuatro partes iguales los limones que su señora mordía con sus hermosos dientes.

En las horas en que no estaba mareada, Penélope Brown era una rubia bastante bonita, con una boca un poco grande y ojos esmaltados. Mely era una moza alta, pero esbelta.

Ya conocéis á Jack con su chaleco encarnado y su cara de perro dogo. Jack y Peter-Paulos pertenecen á tipos exactamente conocidos.

En el momento en que el *Pausilippe* doblaba la punta del muelle, Peter-Paulos había dirigido su catalejo al Vesubio, buscando el humo de la cima del volcán.

—¡Fuera!—grito un marino.

El cable del áncora principal se desarrollaba violentamente. Este cable tocó la pierna de Peter-Paulos que estaba flaco y lucía un pantalón de cuadros, y le echó de bruces al pie del palo mayor.

Su primera diligencia al levantarse fué mirar si su catalejo había sufrido algún percance; luego se palpó las costillas con aire atento, saludó después al marinero con la mano y le dijo:

—Mi perdonar... fomalmente.

Pero sus narices diáfanas se hincharon bruscamente, en tanto que introducía en su pecho una aspiración abundante. En seguida estiróse cuanto pudo y se quitó su sombrero mecánico para mirarse en el pequeño espejo que había en el fondo.

Paulos pensaba, con esa emoción de un hombre que acaba de escapar de una terrible desgracia:

—¡Ella no me ha visto en el suelo!... Cuando asomó su cabeza en lo alto de la escalera ya estaba en pie... ¡estoy seguro de que no me ha visto!

Si ella le hubiese visto habría sido una fatalidad. ¡Si ella hubiese visto á Peter-Paulos Brown, de Cheapside, rodar con las piernas al aire entre los fardos y las jarcias! ¡Posición ridícula en alto grado para un gentleman bien conocido en el comercio de algodón!

Pero ¿de quién se trata? ¿de la moribunda Penélope? No por cierto.

¡Cuán poco conocéis á la Italia con sus relaciones con Peter-Paulos Brown! El solo contacto del buque que lleva á Italia basta para cambiar su linfa en lava ardiente. Esta nevera de ayer es hoy un volcán.

Tratábase de una marquesa

A bordo del *Pausilippe* debe haber siempre una marquesa.

Dos mujeres acababan de salir de la escalera que conducía al salón de primera clase.

Adivinábase la belleza de la primera bajo el espeso velo que cubría su rostro. Era alta y esbelta, y su ademán revelaba cierta especie de altivez y tristeza. Vestía de riguroso luto.

Esta mujer que se adelantaba lentamente y pensativa por el puente, se distinguía por cierto aire de grandeza. Los marineros se separaban de ella con una especie de respeto; pero ella no parecía advertirlo, porque cuando una mirada se encontraba con la suya, bajaba rápidamente los ojos.

Tendría de unos treinta á treinta y cinco años, y habíase oído que el capitán la llamaba señora condesa.

La otra era una trigueña airosa y cortés, de ojos negros chispeantes. No era difícil conocer que ocupaba el lugar de sirvienta de la señora condesa. Pero en Peter-Paulos Brown había algo de Don Quijote, y el lector puede figurarse á través de qué prisma el buen caballero consideraría á su Dulcinea.

Peter-Paulos había elegido provisionalmente la trigueña Paola por su marquesa. Esta no lo ignoraba, y le parecía muy chusco, pues Peter-Paulos poseía el don de hacerla reír á carcajada tendida.

El capitán con el sombrero en la mano se adelantó al encuentro de la mujer vestida de luto, le dijo algunas palabras y la condujo á la popa dejándola á cargo del segundo del brick. Este, que era un marsellés un poco tostado por el aire del mar y del sol, pero bien plantado, cambió una mirada de inteligencia con Paola. Peter-Paulos cerró su catalejo con cuidado, á pesar de no estar de humor, y le colocó en su estuche.

En el muelle y en la avenida del Piliero se veía un gentío inmenso de napolitanos que gritaba, charlabá, gesticulaba y reía esperando como una presa á los pasajeros del *Pausilippe*.

Tres botes partieron de la costa al mismo tiempo, la *Polizia*, la *Dogana*, la *Sanita*: la policía, la aduana y la sanidad.

Los napolitanos se acordaron hasta 1830 de la peste de Marsella.

Luego que los tres botes estuvieron al lado del buque, todo fué confusión en el puente. La policía pedía los pasaportes, la sanidad tenía la pretensión de tomar todos los pulsos, y la aduana usaba de su derecho revolviendo los equipajes.

Peter-Paulos se volvió hacia Jack y le pidió su diccionario italiano-inglés.

—Esos italianos se ponen muy contentos cuando se les dan sus títulos—murmuraba hojeando precipitadamente el vocabulario.

—*Doganiere*—exclamó con aire de triunfo;—signor doganiere, ¿cómo se encontrar, signor doganiere?

—¿Tenéis algo que declarar?—preguntó éste después de haber saludado.

Peter-Paulos hojeó rápidamente su diccionario.

—*Niente*—respondió.

Y después de buscar de nuevo:

—*Assolutamente!*—añadió.

Al propio tiempo se acercaron el médico y el inspector de policía.

El inspector pidió los pasaportes. Peter-Paulos no tuvo tiempo de buscar su nombre en el diccionario.

El médico le preguntó:

—¿Tenéis alguna enfermedad contagiosa?

A esta pregunta Penélope, altamente indignada, se puso verde. El mismo Peter-Paulos cerró los

puños, a riesgo de provocar un conflicto entre el reino de Nápoles y el gabinete británico

—¿Vos sido—dijo—*an unpolished... positively?*

—¿Tenéis alguna enfermedad contagiosa?—repitió el doctor.

Las venas de la frente de Peter-Paulos se hincharon.

—*Me dicir*—exclamó,—*vos sido... an uncivil.*

—*¡What inelegant clown!*—dijo al mismo tiempo Penélope.

El doctor no entendía tal vez el inglés, pero había visto tantos Peter-Paulos en su vida, que adivinó al punto dónde le dolía.

—Es una simple formalidad—le dijo.

—¡Oh!...—exclamó el asociado de Marjoram Watergruel con efusión;—¿entendido vos, milady? sido una formality...

Y cogió las dos manos del doctor.

—¡Mirad!—prosiguió abriendo desmesuradamente la boca para mostrar sus largos y fuertes dientes;—mirar también la matchoare de milady... y la matchoare de Jack... y la matchoare de la sirvienta... ¡tule estar próspera formalmente!

En efecto, presentaban cuatrocientos veintiocho dientes á lo roast beff capaces de devorar un toro vivo.

El doctor pareció satisfecho de su examen.

Penélope escribió en su libro de memorias:

«Nápoles: visita de dientes para el servicio sanitario, inconveniente y tiránico».

Entretanto Peter-Paulos repetía para calmar su propia susceptibilidad:

—¡Pioure y simpel formality!

El oficial de policía tocóle en el hombro ligeramente por detrás y le dijo en francés, pero á media voz:

—¿Por qué no está á bordo Gregorio?

—¡Oh!...—contestó Peter-Paulos estupefacto,—¿vos dicho Gregorio?

—No sois vos que traéis... el Pendjab?

—¡Oh!... ¿vos dicho... el Pendjab?

El doctor se inclinó al pasar cerca de Penélope y murmuró á su oído:

—Esta noche á las ocho os irán á buscar...

Y se alejó rápidamente.

II

Motín á bordo

Mientras que Peter-Paulos trataba de comprender la significación de aquellas palabras misteriosas y que Penélope seguía con ojos pensativos el curso de sus ideas, notóse de súbito un gran movimiento en la proa del *Pausilippe*, que, á pesar de que se habían concluido las visitas, no parecía proceder del desembarco de sus pasajeros.

Hacia algunos minutos que un carruaje blasonado se había estacionado entre el teatro del Fondo que está á la punta de Castello-Nuovo y el malecón del puerto. Habiendo bajado de él un hombre vestido con elegancia, tomó un bote del muelle y dirigióse al *Pausilippe*, cuya popa abor- daba en aquel momento.

El capitán le saludó de lejos con respetuosa solicitud; los oficiales de la aduana, sanidad y policía se descubrieron igualmente al cruzar su bote.

La sanidad, la aduana y la policía habían su-

bido á bordo como pudieron; para el recién venido se colocó una de esas escaleras guarnecidas de terciopelo que sólo sirven en la marina real para los oficiales de distinción, llamados por los marineros atrae-vigilias.

Esto era sobrado honor, á lo que parece, porque el recién llegado, joven, ágil y marino, saltó al puente sin tocar la escalera.

El capitán le esperaba con la gorra en la mano.

—¡Un fragmento de pisaverde!—decían entre sí los marineros.

El recién venido merecía seguramente esta calificación por lo acicalado de su traje y la elegancia graciosa y un poco afeminada de su aire, pero merecía también otra más amable.

Una simple ojeada bastaba para formar un juicio molesto.

Verdad es que poseía esa cualidad poco definida que los hombres vulgares y las camareras llaman *distinción*; pero todo lo demás era tan superior en él á esa ventaja harto común, que sólo hacemos mención de ella por costumbre.

Era hermoso, con esa belleza grande y atrevida que revela el heroísmo ó el genio. Esos ojos tan tranquilos ahora y tan dulces cuando sonreían, debían abrasar el alma en el momento de la pasión.

El poder posee señales visibles ó cuando menos sensibles, aun cuando dormita.

Este pisaverde, como le llamaban los marineros del *Pausilippe*, este dandy de manos blancas y cabellera de seda, no había dado diez pasos sobre el puente, cuando ya los marineros mudaban de parecer respecto á su persona.

A veces bajo estas formas se oculta sangre colorada—dijo el timonero.

—¡Trueno del aire!—repuso el segundo teniente, ~~ese alfeñique es todo nervios!~~

—¿No ha sufrido durante el viaje?—preguntó el recién venido al capitán tendiéndole la mano.

—No—príncipe,—respondió éste.

—¡Hola!—dijo el segundo teniente;—¡es un príncipe!

Las dos señoras desconocidas se habían levantado al acercarse el extranjero, el cual tomó la mano de la condesa para llevarla á sus labios con todo respeto.

A pesar del espesor de su velo de luto, podía leerse en el rostro de ésta una sensación extraordinaria.

Paola también estaba conmovida, pero á su manera; sus mejillas pusiéronse encarnadas como cerezas; bajó sus ojos mirando al soslayo, y dibujóse alrededor de su bella boca una sonrisa disimulada.

—Ya veo, señora—decía entretanto el recién llegado á la dama del velo,—que el doctor Daniel os ha dicho lo que debíais saber... Este traje de luto me lo anuncia.

—Lo sé todo—murmuró la pasajera anegada en lágrimas;—es decir, todo lo que el doctor podía anunciarme... vos, señor, me diréis lo demás y haréis de mí la mujer más feliz o desgraciada.

El joven desconocido le besó la mano por segunda vez.

—Hoy el reposo—le dijo;—mañana trataremos de vuestros asuntos.

—¡Qué!—exclamó la pasajera;—¿deberé aguardar hasta mañana?

—Sigo al pie de la letra las instrucciones del doctor Daniel—respondió el hermoso joven.

Después añadió:

—Si queréis seguirme, voy á conducirlos á vuestro palacio.

—¡Mi palacio!—exclamó la pasajera sorprendida. Los ojos de su interlocutor le dijeron:

—Silencio... nos observan.
 Calló la señora: el joven le ofreció su brazo
 atravesaron los grupos de pasajeros.
 —¿Se van estos?—preguntó un grueso mercader.
 —Capitán—dijo una fabricante de jabón de Marsella,—¿queréis jugaros una mala pasada?

El caballero, su compañera y Paola, que reía al oír los murmullos de la muchedumbre, llegaron á la proa donde les aguardaba el bote.

El capitán parecía estar desazonado.

Hizo señal de lejos á dos marineros, y éstos se pusieron delante del joven desconocido, diciendo:

—No se pasa.

—¡Enhorabuena!—exclamó la fabricante de jabón,—cuando yo espero, el rey puede esperar.

Los grupos de los mercaderes aplaudieron.

—¿Qué significa esto, señor Bergassa?—preguntó el bello desconocido volviéndose al capitán.

—Príncipe—dijo éste,—los reglamentos no admiten ninguna excepción.

—¿Ni por mí?—exclamó en tono de zumba la comerciante de jabón.

—¿Ni por nosotros?—dijeron en el mismo tono los demás mercaderes.

Y Peter-Paulos añadió:

—Este personaje impertinente no estar en una casa exceptivo coma la mía... yo ser súbdito inglés.

Los que tuvieron la suerte de oír pronunciar á Peter-Paulos Brown, de Cheapside, esta palabra: *súbdito inglés*, comprenderían el énfasis sublime de la antigua frase: *Sum civis romanus*.

Entretanto el grupo de pasajeros iba estrechando su círculo para gozarse en la confusión del dandy, que había creído hacerse abrir una puerta cerrada á tantos negociantes marseleses.

La fabricante de jabón salpicaba su alegría co

tódas las flores del lenguaje nacidas en las fragantes riberas de la Cannebière.

En medio de este barullo el joven desconocido pronunció á media voz un nombre:

—Cucuzone.

Vióse uno de los cables de los obenques de babor distenderse bruscamente, agarrarse una ancha mano al borde de la orla, y un bizarro mozo de color moreno, vestido de marinero, cayó como una bala sobre el puente.

—Excelencia—dijo colocándose delante del desconocido.

Los asistentes callaron sorprendidos de la agilidad salvaje del joven.

—*Veri nimble clown!*—exclamó Peter-Paulos con admiración.

—¿Traes la tarjeta?—preguntó el joven dandy al marinero.

Este sacó de su seno un papel que puso en manos del capitán.

—Dejad pasar—ordenó en seguida este último, añadiendo con un respetuoso saludo:

—Príncipe, dispensadme por haber cumplido con mi obligación.

El bote tocaba en uno de los flancos del *Parusilippe*; Cucuzone se echó dentro de un salto.

Luego volvió á poner la escalera y el joven desconocido hizo bajar á sus dos compañeras.

Por de pronto se encendió otra vez el motín, y Peter-Paulos entró en una agitación tal, que Jack no se acordaba de haberle visto jamás en semejante estado. Cerraba los puños, hinchaba las mejillas; su frente y sus orejas, excesivamente coloradas, resaltaban sobre el amarillo deslustrado de sus cabellos.

—Mi querer partir—decía,—partir al momento; esto estar intolerable; ¡le suplijo de Tantalaus! ¡Mi ser súbdito inglés, entender!

Y se mezcló con la irritada muchedumbre de los pasajeros.

Entretanto el bote se dirigía á fuerza de remos al desembarcadero, llevando al príncipe y sus dos compañeras, una de las cuales se volvió para lanzar una mirada burlona á los pasajeros del *Pausilippe*.

Peter-Paulos se adjudicó esta mirada y su ira fué en aumento.

Entre los gritos que se alzaban del puente del buque, se podía distinguir fácilmente la voz gutural del comerciante de algodón repitiendo su patriótica protesta:

—¡Mi ser súbdito inglés!

El bote llegó al muelle. El príncipe, la señora del velo y Paola subieron al carruaje blasonado, el cual partió al galope y desapareció tras el ministerio de Estado.

III

Avenida-di-Porto

Media hora después de lo ocurrido, Peter-Paulos se instalaba en un aposento de la fonda de la *Gran Bretaña*.

Pasada otra media hora se vestía un traje que había comprado expresamente para guardar el incógnito en sus viajes, y salía callandito de la fonda, bajaba á la villa Reale, remontaba la calle de Santa Catarina y la avenida de Chiaja para salir á los alrededores del puerto. Eran las seis y empezaba á anochecer, pues estábamos en el mes de Febrero.

Peter-Paulos caminaba á grandes pasos.

Un pensamiento le dominaba: quería hallar á la marquesa.

Peter-Paulos traía cartas de recomendación para los altos dignatarios de policía.

Con un poco de ayuda podía saber en algunas horas el retiro de la que había elegido entre todas para adorarla rendidamente.

Sin haber preguntado por su camino llegó hasta el ministerio de Estado, en el cual está la dirección de policía. Por supuesto en aquellas horas las oficinas estaban cerradas. Peter-Paulos entró en la casa del conserje y le dijo que deseaba hablar al señor Spurzeim para un asunto de la más alta importancia.

El conserje le contestó que el señor Spurzeim hacía cuatro días que estaba enfermo, y que habitaba en su casa de la plaza del Mercato, al otro extremo de la ciudad.

Los alrededores del muelle y del teatro del Fondo se hallaban desiertos. Aquella noche no había función; pero en el momento en que Peter-Paulos volvía la espalda para penetrar en la ciudad vieja, un espectáculo verdaderamente extraordinario le hizo acortar el paso.

El ruido, el movimiento, las habladurías, los gritos, los empujones, las risas que se observaban en el muelle á la llegada del *Pausilippe*, parecían haber emigrado centuplicados á aquella parte de la ciudad.

Vefanse brillar y correr millares de luces semejantes á fuegos fatuos. Aquí y allí, en medio de la calle, ardían varios fogones. A cada bocanada de viento dejábase sentir un olor á cocina gradualmente más fuerte y penetrante.

Paeter-Paulos se detuvo bajo un reverbero y consultó su *Guía*.

El plano le indicó su situación. Hallábase á la

entrada de la Avenida-di-Porto, calle larga, bastante ancha, irregular y mal empedrada de baldosas de lava, que penetra hasta el interior de la ciudad antigua, dando la vuelta al puerto del comercio y al pequeño puerto, á tres ó cuatro calles de distancia.

En 1823, esta calle conducía por el Vico Piccolo y el Sotto-Pórtico de San Pedro á la entrada principal de Castello-Vecchio, derribado en 1831.

Hacia la entrada veíase la célebre fuente de las Tres Vírgenes, cerca de la cual Thommaso Aniello, derribando en 7 de Julio de 1647 su parada de frutas y pescado, levantó el estandarte de la rebelión contra los españoles. La figura grotesca de la fuente decían que representaba á Masaniello.

Advertido por su *Guía*, Peter-Paulos relegó la cadena del reloj al fondo del bolsillo antes de penetrar en esta calle.

A unos cien pasos hallóse en medio de un gentío que levantaba tanto estrépito que estuvo tentado de taparse los oídos.

Entre todos los corrillos napolitanos, los de la Avenida-di-Porto tienen fama por su proverbial jovialidad. Son una especie de convite gastronómico, un banquete nocturno de diez mil convidados, en el cual no se ve un solo cubierto.

Este festín alegre y vocinglero se prolonga entre gestos y empujones hasta las once ó las doce de la noche según la estación. Centenares de cocinas ambulantes, guisando *coram populi*, se disputan acíivamente el favor del público. En una parte se cuece la sopa, en otra los principios, un poco más lejos el asado; los postres son llevados sobre la cabeza de vendedores de voz sonora y penetrante.

Peter-Paulos en este primer momento no llamó mucho la atención. Cada cual no cuidaba más



Había en su indolente altivez una poesía.

que de comprar lo que necesitaba y de comerlo en la mano, sazonando el convite con algunos gestos. De tiempo en tiempo se empeñaban escaramuzas, tirándose cortezas de melón; pero esto era poca cosa, y Peter-Paulos no recibió más que una en la cara.

—¡Estar muy curiosa!—murmuró limpiándose la mejilla.

Sin embargo, se separó un poco y arrimóse á un guardacantón situado á unos treinta pasos de la fuente de las Tres Vírgenes, á fin de consultar su diccionario italiano con motivo de esa multitud de gritos que le aturdían.

Todas hablaban á la vez y Peter-Paulos colocado bajo un reverbero hojeaba su diccionario con encarnizamiento.

Le pareció comprender que se trataba de una ejecución próxima, de patíbulo, de bandidos, y que el reo se llamaba el barón de Altamonte.

¡Qué nombre tan magnífico para un bandido! ¡el barón de Altamonte! ¡Y haber llegado á tiempo para ver esta ejecución!

Las comadres decían:

—La ejecución será mañana.

—¿Y tienen buena figura?

—¡Soberbia!

—¡Entonces no será tan malo!... el último era jorobado...

Y tiraban sus cortezas de melón al aire sobre las cabezas.

—¡*Ostriche!* (ostras)—gritaban,—¡*Ostriche di Fusaro!*... frescas como las rosas.

Peter-Paulos buscaba *ostriche* en su diccionario, y antes que lo hubiese encontrado, gritaban en otra parte:

—¡*Lasagne de Amalfi!* ¡*Lasagne fondete!*

—¡*Ravioli dolci!*

—¡*Macaroni di grano duro!*

Tres especies de pastas apetecibles á los paladares napolitanos.

Peter-Paulos abandonaba *ostriche* para buscar *ravioli*.

—¡*Frittella!* ¡*Callida!* ¡*Frittata!* ¡*Frittune!*

—¡*Carbondousi!* ¡*carnesche!* ¡*carotate!* ¡*cestole!*
¡*scottate!* ¡*esselate!* ¡*megliaccie!*

El pobre Peter-Paulos dejaba uno de estos términos para buscar otro y no encontraba ninguno.

El tumulto iba creciendo á cada instante y parecía que la alegría turbulenta de este pueblo debía muy luego traspasar todos los límites.

De repente, en un momento en que la llama de un fogón despedía vivo resplandor, producido por la grasa que caía de las parrillas, alumbróse la base de la fuente como en medio del día, y Peter-Paulos distinguió un grupo que todavía no había visto.

Este grupo se componía de tres hombres: uno apoyado perezosamente en la pared, bajo el hueco de una de las tres *madonnas*; otro sentado en el borde de la concha, y el tercero acostado como un perro al pie de los otros dos.

El primero vestía el traje de pescador, único traje que ha quedado como característico de Nápoles. Llevaba unos *calzoni* ó pantalón ajustado de lana carmesí, el chaleco redondo y un cinturón. Su gorro colorado dejaba escapar las masas desordenadamente rizadas de sus cabellos castaños con reflejos amarillos.

Este hombre tenía una figura magnífica. Un pintor hubiera querido delinear su postura perezosa y varonil. Había en su indolente altivez una poesía tan perfectamente italiana, que su aspecto recordaba involuntariamente los soberbios tipos que el arte nos ha conservado.

El segundo, que como hemos dicho estaba sentado en la concha de la fuente, parecía marino:

era pequeño, rechondo, y fumaba con voluptuosidad una pipa de espuma que descendía entre sus piernas. También llevaba un gorro, pero sus cabellos que se adelantaban hacia la frente recortados formaban una punta aguda sobre el entrecejo.

El tercero, á decir verdad, no tenía ni tipo ni traje. Parecía una masa informe cubierta de harapos. Estaba acostado en una actitud tan extraña que un clown de nuestro Circo no la hubiera podido conservar ni treinta segundos.

Su cara estaba oculta bajo uno de sus brazos.

Tal era el grupo repentinamente alumbrado que se presentó un instante á la vista sorprendida de Peter-Paulos Brown.

Este grupo excitó en gran manera su atención.

Peter-Paulos considerado como tipo ó resumen de los diversos habitantes de Cheapside atacados del mal de la Italia, había aprendido en las *Guías* cierto número de conocimientos artísticos. Así que, habiendo examinado este grupo bajo el aspecto artístico, quedó satisfecho ante todo de sí mismo por el buen gusto que mostraba.

La llama se extinguió y el grupo volvió á quedar sumido en la obscuridad.

El corrillo sabático de los alegres comedores de macarroni redoblaba la petulancia de sus movimientos.

Peter-Paulos había cuasi olvidado la causa de su salida de la fonda, cuando dos hombres pasaron rápidamente por delante de él. Parecían dirigirse á la ciudad alta.

Los dos iban embozados en su capa hasta los ojos.

En el momento en que esos dos hombres cruzaban ante su vista, pronunciaron palabras que Peter-Paulos pudo entender perfectamente: luego se alejaron.

El aspecto de esos dos hombres picó la curiosidad de Peter-Paulos.

Por otra parte la frase italiana contenía un nombre capaz por sí solo de dar fiebre á cualquiera

Un nombre que estaba en su *Guía*.

El del más célebre bandolero de los Abruzos
Los dos desconocidos habían hablado de Porporato.

Empezó á cavilar.

Con ayuda del diccionario pudo traducir la frase que había oído, la cual era la siguiente:

Porporato no le dejará morir... ha jurado por el silencio que escalará por, sí mismo los muros de Castello-Vecchio.

IV

Las sorpresas de Peter-Paulos Brown, de Cheapside

Peter-Paulos estaba seguro de su traducción. El diccionario se la había revelado palabra por palabra, y la frase italiana quedaba grabada en su memoria.

¡Cuántos misterios en una sola frase!

Tratábase sin duda de ese barón de Altamonte cuya ejecución estaba fijada para el día siguiente.

Y ese juramento del Silencio ¿qué significaba?

No es fácil dar animación al carácter inglés, y la atmósfera de la Cité de Londres no produce el amor á lo fantástico.

Sin embargo, lo fantástico de cierto género, la poesía bandolera, para expresarnos así, impresio-

na muy vivamente las imaginaciones del otro lado del canal de la Mancha.

Ya no se trataba ahora de la marquesa. Peter-Paulos seguía en su propósito de solicitar el apoyo de un alto empleado de policía á quien iba recomendado, pero no ya para encontrar á su Dulcinea.

La marquesa estaba de baja.

Hubiera sido necesario para volver á pensar en ella que se encontrase inopinadamente mezclada con esa nueva y tenebrosa intriga.

Lo que Peter-Paulos quería era el apoyo del señor Spurzeim para poder introducirse en la prisión del barón de Altamonte.

Así tendría ocasión de denunciar la presencia de Porporato en Nápoles, y descifrar el sentido de las palabras que la casualidad le había dejado oír.

Cerró el diccionario y la *Guía* para seguir su camino hacia la ciudad alta.

Al ponerse en movimiento, los dos hombres de las capas se dejaron ver de nuevo á unos diez pasos de distancia.

Peter-Paulos se puso en acecho.

Los dos hombres parecían examinar los corrillos con mirada curiosa. Algunos les saludaban, otros se separaban á su paso.

Un tercer personaje del todo semejante á ellos se les juntó en el instante en que volvían á pasar por delante de Peter-Paulos.

—El jefe que tienen esta noche—dijo el recién llegado,—es Baldemonio.

Iba á proseguir, cuando los otros dos le tocaron con el codo, y los tres se detuvieron de repente, mirando á Peter-Paulos con atención.

Esta oyó que uno de ellos decía:

—Estas son las señas.

Desde luego se le ocurrió la idea de que serían